La casa de Carlos Sahagún

Elsa López

Como si de repente doblaran las campanas,
tendremos que volver a casa un día
y entrar. Falsa es la puerta, mas nosotros golpeamos,
como queriendo recobrar la infancia,
la vida que nos han quitado: golpes
que caen al desamparo, desamparo
que va cayendo en soledad y olvido...
Junto a la puerta de la casa en ruinas
tengo sed, madre, y traigo
despeñadas mil noches largas sobre mi pecho.

Dicen que ha muerto un niño y por las calles
pasa su entierro luminoso. ¡Nadie
se acerque! Oh, sí, dejadme solo,
quiero velar su cuerpo todavía una noche,
llorar por él como si fuera invierno
y estuviera desnudo. ¿Llorará también Dios,
habrá olvidado que le puso un día
de pie, indefenso bajo las estrellas,
igual que un animal pálido y solo?

Niño,
ya ves cómo corrió la vida: cuesta abajo,
piedra rodada desde aquellos montes,
y no podían detenerla. Así,
mala cizaña que prende en los campos,
creció el amor, habitó entre nosotros, se
hizo carne celeste por la tierra.

Ya las estrellas vencen y eres hombre perdido.
Más fuerte aún, la soledad golpea
su oleaje de sombras en tu pecho.
¿Quién viene ahora a salvarte?

Como un barco en desgracia, el hombre quiere
seguir viviendo, y mientras en sus manos
quede un temblor de rosas, lo echaría
todo al olvido, porque nada tiene
sentido en soledad.

(Carlos Sahagún. "La casa". *Como si hubiera muerto un niño.*
Ediciones La Palma. Colección Retorno, Madrid, 1992)

Este fue uno de los primeros poemas que leí de Carlos Sahagún. Me había traído el libro José Hierro y me había dicho: "Léelo y mañana me cuentas". Bruscamente, como lo decía todo. Entendí que me daba un regalo, una buena noticia, un comentario añadido y un nuevo libro para la colección Retorno que había comenzado hacía poco en Ediciones La Palma y que Manolo Romero se encargaba de dirigir y coordinar. Y así, a través de las palabras de este poema, llegó Carlos a mi vida. Primero los versos y luego él. En ese orden.

Más fuerte aún, la soledad golpea
su oleaje de sombras en tu pecho.

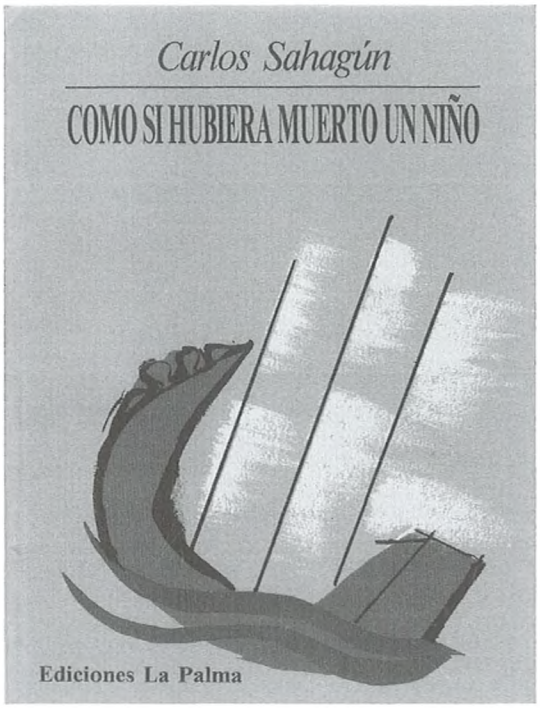
Y al leerlo comprendí que teníamos la misma edad, las mismas heridas y el mismo tiempo de crecer y morirnos. Él era un niño. Yo era una niña. Dos mundos

Carlos Sahagún (en el centro) entre Elsa López y Joaquín Benito de Lucas (La Palma, 1988)

diferentes que acabarían uniéndose aunque él nunca me llevó a su infancia y yo si a la mía. Porque así era él. Como un niño. Tierno, arisco, burlón, irónico, amable. Todo lo que un alma de niño puede llegar a ser, así lo era Carlos Sahagún. Cuando nos conocimos, Carlos andaba por los cuarenta y nueve, yo por los cuarenta y cuatro. Fue el 14 de abril de 1988 con motivo de la presentación de mi libro *El amor imperfecto*, Premio Ciudad de Melilla 1987. La amistad de Carlos con algunos de los miembros del jurado hizo que asistiera al acto de presentación acompañando a Joaquín Benito de Lucas, Antonio Porpetta y Rafael Morales que apadrinaban el acto en la Sociedad General de Autores. En mayo de ese mismo año fue a Canarias a presentarlo y unos meses después en la revista *Ínsula* publicó una reseña sobre el libro y sobre el poemario y dijo entonces algo que me hizo pensar sobre la obra y comenzar a verla (y a verme) con otros ojos.

> *"Toda una concertada reflexión sobre las desventuras del amor, todo un recorrido, apenas insinuado, por los aledaños de la ausencia y el desarraigo, que son, en definitiva, manifestaciones concretas de ese sentimiento del tiempo fugitivo, tan esencial a la creación poética. Entre la ansiedad y el fracaso, entre la plenitud y la imperfección eróticas, el pasado y el futuro proyectan sus luces o sus sombras sobre la precariedad del presente*

que, al asumir esta superposición de ambos tiempos, resulta vitalizado y enriquecido. Desde esta perspectiva temporal múltiple, Elsa López, en su último libro, canta al amor como destino último de la vida humana".



El me hizo ver lo que había de erótico en esos poemas. Indiscutiblemente lo eran y yo una escritora que abordaba el tema sin saberlo ni tener conciencia de ello. Carlos eligió uno para explicármelo:

Sabía que vendrías.
Que tu barca de acero encallaría en el fondo
entre las plataneras.
Que subirías la cuesta hilada de mocanes
por aquel caminito en forma de culebra.
Que primero llegaría tu cabeza,
luego el cuello,
los hombros,
tu espalda contra el risco y los dragos del lomo,
el beso adormecido.
Te quiero, me dirías.

"Esto es un poema erótico. Lo demás, son pamplinas". Me dijo.

Poco después, comenzarían los encuentros con diferentes motivos y en diferentes ocasiones: recitales, homenajes, reuniones en bares y comidas en pueblos y casas de amigos. Con José Hierro en Nayagua, con Rafael Morales y Joaquín Benito de Lucas en Talavera de La Reina, con Eladio Cabañero, Félix Grande, Claudio Rodríguez, Antonio Hernández, Francisco Brines, Jesús Hilario Tundidor, Carmina Casala, Ángel García López, Antonio Quintana, Sagrario Torres, Paca Aguirre, Diego Jesús Jiménez y un largo etcétera de amigos comunes, maridos, hijas y esposas, en pueblos y teatros a los que acudíamos en grupo a recitar. En Madrid, en los aledaños de Princesa, tomábamos unas cañas después de la Tertulia Literaria Hispanoamericana que dirigía Rafael Montesinos desde 1952. Siempre había un poeta encargado de ofrecer una lectura de su obra. Allí acudíamos cada martes. Invariablemente. Carlos Sahagún asistía a los recitales acompañado de una Marisa sonriente y silenciosa. Carlos iba a todos los recitales, conferencias y mesas redondas donde estuviesen sus amigos. A veces lo arrastraban a él para que participase, pero Carlos refunfuñaba que no, que eso no era lo de él, que lo dejaran tranquilo en su butaca escuchando, mirando, observando. Nunca supe lo que pasaba por su cabeza. Su mirada de águila parecía mirarnos a todos desde una distancia a la que los demás no alcanzábamos a llegar.

Es curioso recordarlo ahora cuando intento hacer un perfil o un retrato medianamente exacto de su figura. Lo difícil que resulta volver a colocarlo en un lugar preciso desde el cual ponerme a contemplarlo y entenderlo. Carlos era un hombre taciturno y silencioso, poco dado a hablar de sí mismo y de los demás. Alguna vez, algún comentario ácido sobre alguien me hacía suponer una herida que le hubiese causado aquel de quien se hablaba. Carlos se limitaba a sonreír cuando el comentario era especialmente duro y dirigido hacia alguien que la pandilla aborrecía por igual y por iguales razones. De él me vienen imágenes siempre amables, en lugares amables y rodeados de gente igualmente amable; poetas entregados al ejercicio de escribir y de leer, ajenos a cualquier lujo literario, ajenos a cualquier parafernalia poética que no fueran los encuentros en Cultura Hispánica o cuando íbamos a algún lugar perdido para recitar en casas de cultura, iglesias y pueblos donde nos dejaran decir o leer nuestros poemas o los poemas de los otros, o en las sesiones del Ateneo de Madrid durante el tiempo que estuvimos en la junta de la sección de Literatura, un tiempo especial y distinto por lo que vivimos, creamos y llegamos a ser todos juntos.

He dicho pandilla y he dicho bien. Es lo que éramos. Es lo que eran mucho antes de llegar yo y empezar a quererlos. Ellos se apreciaban e, incluso, se querían. Así de sencillo. Y gracias a ese aprecio, compartían el pan y la sal. Se querían, se manifestaban esa querencia en medio de una acera de Argüelles sentados a

una mesa tomándose un vino; o en un bar de un barrio cualquiera cerca de una librería de un amigo loco por la poesía que tenía los libros que nadie tenía y la costumbre de leer lo que no está escrito. Allí, en ese bar, aprendí muchas cosas sobre literatura, sobre poesía en particular, y sobre la vida en general. Aprendí a escucharlos, a saborear los interminables y, en ocasiones, incomprensibles discursos de Claudio Rodríguez que todos escuchábamos la mayoría de las veces con gestos de impaciencia pero siempre fascinados por su manera misteriosa de encadenar los pensamientos; los comentarios ingenuos de Rafael Morales que parecía no enterarse de que el mundo estaba cambiando y asistía con asombro a dimes y diretes; las explicaciones académicas y certeras que vertía Joaquín Benito de Lucas; las ironías de José Hierro sobre lo divino y lo humano y, en fin, el hachazo de Carlos Sahagún que ponía el gesto y la palabra definitiva a cualquier tema. A veces era una frase, un comentario al vuelo. Carlos cerraba los temas con ese comentario final que nadie revocaba.

Ese tono suyo que aparecía como una sentencia en forma de ajuste de cuentas y todos dábamos por inapelable, fue lo que me hizo quererlo. Me hacían gracia esas irrupciones bruscas que traducidas al lenguaje de las almas era algo así como "se acabaron las tonterías, no perdamos más tiempo en sandeces y contemplaciones... No malgastemos la lengua en vano." Carlos Sahagún no daba vueltas a los temas. No andaba con retóricas ni comportamientos de salón. Si alguien era idiota, lo era y punto. Si un poema era malo, lo era sin miramientos. Para él no había necesidad de dar puntadas sin hilo. Descubrir esa faceta suya y darme cuenta de que su actitud taponaba con celo un alma sensible y tímida que había decidido custodiar hasta sus últimas consecuencias, incluida la idea equivocada de algunos que lo tenían por un hombre arisco y de trato difícil, fue lo que me unió a él. Creo que nunca se lo dije. Pero creo que él lo sabía. Siempre lo supo y por eso nos quisimos sin hacer alarde de ese sentimiento. El decía algo y yo me reía. Podía decir lo que quisiese, que yo me reía. Me llamaba loca y sin tino en mi labor editorial; en el ejercicio de cualquier labor cultural que me encomendaran instituciones y gobiernos; cuando lo traía a Canarias para ser jurado de poesía o para leer sus poemas en la Universidad de la Laguna; etc. Yo siempre era motivo de chanza por su parte y esos comentarios los apostillaba mi marido, Manuel Cabrera, con el que gustaba hablar de aviones y vuelos imposibles. A Carlos Sahagún le seducía el mundo de los aviones y siempre le gustaba que Manuel le contara anécdotas sobre sus vuelos. Tenía un hijo que había estudiado arquitectura pero oficiaba de controlador y a Carlos le fascinaba todo lo que tuviera que ver con esa profesión. Más que la poesía, diría yo, porque los dos se enzarzaban en largas conversaciones sobre el tema y a mi no me hacían mucho caso. A lo sumo insistía en

Carlos Sahagún con un grupo de amigos escritores en un homenaje a Eladio Cabañero.

su particular versión sobre mi actividad editorial: "esa mujer te va arruinar". Y se reía al imaginarme pidiendo limosna por culpa de la poesía y mi afán por editarla.

Nunca lo forcé a nada. Quise reeditarle *Como si hubiera muerto un niño* y aceptó alegando una locura mía, pero aceptó. Le pedí que me acompañara en el Ateneo de Madrid, y aceptó. Quise llevarlo a Córdoba a la Fundación Antonio Gala que dirigí durante cinco años y no aceptó. No dijo nada. Solo dijo que no, que ya no iba a nada y a ninguna parte. Y lo entendí. Entendí ese "nada" como una ampliación antigua de su no querer editar, no querer estar en determinados sitios; querer, en definitiva, que lo dejaran en paz. Unos y otros. La poesía y la vida. "No me molesten más que ya me han molestado bastante. —Parecía decirnos—. Ya hice lo que tenía que hacer y ya escribí lo que tenía que escribir." Ciertamente. Cuando alguna vez le hablaba de un nuevo libro para editarlo, me miraba como si no quisiese haber oído lo que se le decía. Se sonreía y movía la cabeza como negando la imposibilidad de que yo fuera tan estúpida que no hubiese entendido lo que estaba cansado de repetir a diestro y siniestro.

Alguna vez, al escribir sobre aquellos años dije que éramos un ejército de locos invencibles y que aquel tiempo en la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid fue especial para todos nosotros. Organizábamos recitales cada jueves y

por allí pasaron poetas que empezaban su andadura y otros ya consagrados. Carlos Sahagún y Rafael Morales, sin fallar nunca, se sentaban en la tercera fila, cerca de los ventanales que daban a la calle Cervantes y desde su asiento escuchaban los versos de quienes iban desfilando por aquella pequeña sala.

> «*A veces se llenaba, a veces nos quedábamos solos en la mesa el poeta invitado, el presentador y yo. En primera fila Joaquín Benito de Lucas, Rafael Morales y Carlos Sahagún sentados en las únicas sillas que parecían haber resistido las embestidas de la soledad. Por aquella pequeña y humilde salita pasaron poetas que empezaban y poetas que ya tenían un nombre en el panorama nacional. Guardo las invitaciones para no olvidarme de ninguno de ellos. Guardo alguna foto y no sé dónde las guardo, pero se hicieron muchas que plasmaron aquellos momentos de delirio poético mezclado con las voces de la calle y nuestras ganas de hacer de la poesía un ejército de locos invencibles. Conservo las voces, la alegría, el buen talante y aquellos vinos a la salida en alguna tasca de los alrededores de la calle del Prado donde continuábamos hablando de literatura.*» (Elsa López. Testimonios personales. Ateneo de Madrid. Archivo. Enero de 2012).

Fuimos un gran equipo. Formábamos parte de un extraño y maravilloso proyecto cultural: "La Ortiga" que había nacido aproximadamente por esas mismas fechas y con el que nos paseábamos por pueblos y teatros dando conciertos, recitando, bailando, y haciendo juegos de magia. "La Ortiga" era un grupo de músicos, escritores y artistas que difundían la poesía y el arte por toda España. Manolo Romero cabalgaba al frente del proyecto. Escribía los guiones, buscaba los poemas que había que recitar, buscaba lugares donde hacerlo, animaba al grupo y nos perseguía para que estuviéramos listos a la hora de dar la batalla. Poetas, pintores y músicos formaban parte de aquella caterva de locos y soñadores que llegaron a recitar en iglesias, conventos y teatros principales de Madrid y provincias. Fue una etapa de locura poética. La poesía lo impregnaba todo, lo ocupaba todo. Nos leíamos, nos escuchábamos, nos editábamos y, sobre todo, nos divertíamos juntos. Familias y amigos nos acompañaban en esas locuras. Marisa venía con nosotros. Ella seguía a Carlos y participaba de nuestra aventura poética. Conchita, la mujer de Rafael Morales, Lines, la mujer de José Hierro y sus hijas Margarita y Marian, François, la mujer de Joaquín Benito de Lucas y amigos de unos y otras que bailaban, preparaban escenarios, meriendas y excursiones con la misma alegría y entusiasmo que lo hacíamos nosotros.

De aquella experiencia quedaron lazos, acuerdos, amistades, y lo más importante, un respeto por todos los que participamos de ella. La muerte y las distancias nos han ido separando a unos de otros. Cuando miro las fotos que nos hicimos en excursiones, banquetes y recitales, entiendo la muerte como la única culpable. Los borro, poco a poco, con la punta de los dedos y no me atrevo a sacarlos de la agenda, como si mañana pudiera volver a llamarlos para encontrarme con ellos en algún lugar privilegiado. Porque así lo fueron. Porque ahora sé que fue un privilegio estar precisamente en esos sitios compartiendo la poesía, el afecto y todo lo que eso significaba. Y cuando leo sus cartas y sus mensajes o los artículos y recortes de prensa que hablaban de todo ello, me doy cuenta de que me han ido dejando sola en un espacio que apenas reconozco.

Carlos ha sido el último en abandonarme. Y se ha ido de las páginas de sus libros, de las fotografías en la isla, de las cartas y recomendaciones que un día me escribiera. Se ha ido de la casa que habitó a nuestro lado. Pero sé que aún permanece ahí, los brazos cruzados, mirándome entre divertido y socarrón, como siempre nos gustó. Ahora, desde la lejanía y mirando de nuevo los textos y las fotos que conservo suyas, me pregunto si estará enfadado conmigo por haber levantado esas veladuras que cubren su rostro y su mirada en este retrato que he querido hacer para aquellos que lo quisieron de verdad. Para los demás, y como el mismo Carlos diría, ni agua, ni discursos, ni frases al vacío. Para mi, el abrazo de un niño que me espera en la puerta de una casa "*de pie, indefenso bajo las estrellas, / igual que un animal pálido y solo*" que tantas veces fue la suya. Y en ella quedará su nombre como él quería y no será su reino "la soledad del héroe pensativo" porque estaremos aquí nosotros para recordarlo.

Y cuando zarpe el último navío
Rumbo a la decepción definitiva,
Quede mi nombre escrito sobre el agua,
Indefenso, esperando
La hora en que tú desciendas suavemente,
Sabiendo ya el camino, a recordarme.

Isla de La Palma, diciembre 2015